

Diario de una soledad

MAY SARTON

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ



Título original:
Journal of a solitude

Primera edición: septiembre 2021

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2021 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

© del diseño de colección: Raúl Fernández López

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-94-0

Impreso en España

Depósito legal: M-19426-2021

Diario de una soledad

Para Eric Swenson

Empiezo aquí. Está lloviendo. Por la ventana contemplo el arce, algunas de cuyas hojas se han puesto amarillas, y oigo a Punch, el loro, hablando solo, y la lluvia cosquilleando suavemente en las ventanas. Por primera vez en varias semanas, estoy aquí sola para retomar mi vida «real». Eso es lo extraño: que ni los amigos, ni siquiera los amores apasionados, son mi vida real, a menos que disponga de un tiempo a solas para explorar y descubrir cuanto está ocurriendo, o cuanto ya ha ocurrido. La vida sería muy árida sin esas interrupciones que nos nutren y enloquecen, pero solo soy capaz de degustarlas por entero cuando estoy aquí sola, y la casa y yo reanudamos nuestras antiguas conversaciones.

Hay unas pequeñas rosas rosadas sobre el escritorio. Qué extraña tristeza suelen desprender las rosas de otoño... ¡y qué rápido se marchitan hasta revelar unos bordes marrones! Sin embargo, estas son de un rosa precioso, brillante y cantarín. Sobre la repisa de la chimenea, en el jarrón japonés, hay dos ramilletes de lirios blancos, con estambres curvados llenos de polen granate, y una rama de hojas de peonia que exhiben un extraño tono entre parduzco y rosado. Es un ramo elegante; un *shibui*, como dirían los japoneses. Cuando estoy sola, puedo mirar las flores de verdad, puedo prestarles atención. Las siento como una presencia. No podría vivir sin ellas. ¿Por qué digo esto? En parte, porque cambian mientras las miro. En pocos días, viven y mueren, y me permiten observar de cerca todo ese proceso de crecimiento, y también de agonía. Puedo flotar en sus momentos.

En el ambiente se respiran orden y belleza. Eso es lo que me asusta al principio, cuando vuelvo a quedarme sola. Me siento

inadecuada. He construido un espacio abierto, un espacio de meditación, pero ¿y si no soy capaz de encontrarme a mí misma dentro?

Pienso en estas páginas como en una forma de conseguirlo. Desde hace ya mucho tiempo, cada encuentro con otro ser humano supone una colisión. Siento demasiado, percibo demasiado y me agotan las reverberaciones tras la conversación más simple. Pero la colisión profunda es y ha sido con mi interior, terco, martirizador y atormentado. He escrito cada uno de mis poemas y novelas con este mismo propósito: averiguar qué pienso, saber dónde me encuentro. No puedo convertirme en lo que veo. Me siento como una máquina inepta, una máquina que se avería en los peores momentos, que rechina hasta detenerse y se obstina en «no funcionar» o, aún peor, explota en la cara de alguien inocente.

*Anhelo de raíces*¹ me ha granjeado muchos amigos en este oficio —así como una serie de conocidos que me ven como a una amiga íntima, a los cuales ya es más difícil responder—. Aun así, he empezado a darme cuenta de que el libro presenta una visión falsa que yo ni siquiera pretendí ofrecer, pues apenas menciona la angustia —o los arrebatos de ira— de mi vida en este lugar. Ahora espero abrimme camino entre las abruptas y rocosas profundidades para llegar al núcleo de la matriz, donde aún quedan iras y violencias no resueltas. Vivo sola, tal vez sin otro motivo que afirmarme como criatura imposible; distinguida por un temperamento que nunca he aprendido a manejar como es debido; capaz de desconcertarse por una palabra, una mirada,

¹ May Sarton, *Anhelo de raíces*, traducción de Mercedes Fernández Cuesta, Madrid, Gallo Nero, 2020. N. de la T.

un día lluvioso o una copa de más. Mi necesidad de estar a solas siempre está en contrapunto con el miedo a todo aquello que sucederá si de repente, una vez adentrada en el enorme y vacío silencio, no puedo encontrar apoyo alguno. Subo al cielo y bajo al infierno en el curso de una hora, y solo me mantengo en pie a costa de imponerme rutinas inexorables. Escribo demasiadas cartas y muy pocos poemas. Pese a este aparente silencio que me rodea, en el fondo de mi mente suena un clamor de voces humanas; demasiadas necesidades, esperanzas, temores. Apenas consigo permanecer quieta sin que me asalten las cosas pendientes de cumplir o de enviar. Me siento agotada a menudo, pero lo que me cansa no es el trabajo —el trabajo es un descanso—, sino el esfuerzo por apartar las vidas y necesidades de los demás antes de poder abordar mi trabajo con cierta frescura y placer.

17 DE SEPTIEMBRE

Estoy rompiendo mi cáscara interior de nuevo, incluso he escrito un par de páginas, y así vuelvo a adentrarme en la depresión. El tiempo no ayuda después de un par de días plomizos, oscuros y lluviosos. Me he visto embestida por una tormenta de llanto, un llanto acaso debido a la frustración y las iras enterradas, que me asalta sin avisar. Ayer me desperté tan deprimida que no pude levantarme hasta pasadas las ocho.

Fui en coche hasta Brattleboro para leer unos poemas en la nueva iglesia universitaria, presa del terror y el agotamiento. ¿Cómo reunir la vitalidad que necesito? Había quedado en leer

unos poemas religiosos, regresar a los primeros libros y luego volver al más reciente, que aún está por publicar. Supongo que todo salió bien —al menos, no fue un desastre—, pero tuve la impresión —tal vez errónea— de que la gente amable e inteligente que había allí reunida, en una gran sala desde cuya ventana podía contemplar unos pinos, en realidad no tenía muchas ganas de pensar en Dios, ni en su ausencia —de la cual hablaban muchos poemas— ni en su presencia. Ambas resultan demasiado aterradoras.

Ya de regreso, me detuve a hacer una visita a Perley Cole, mi querido y viejo amigo, que se está muriendo, ya separado de su mujer, y acaba de trasladarse de una residencia dickensiana a otra con mucho mejor aspecto. Cada día lo veo un poco más transparente, ya es casi un esqueleto. Cuando le aprieto la mano, me da miedo romperle algún hueso, pero esos apretones son la única forma de comunicación real que nos queda ahora, porque está muy sordo. Me entran ganas de auparlo en brazos y abrazarlo como a un bebé. Se está muriendo de una forma terriblemente solitaria. Cada vez que voy a verlo, me dice: «Qué duro es» o «Nunca pensé que acabaría así».

Cuando paseo la mirada por esta casa, puedo ver todo el trabajo que ha hecho con sus manos: los tres arbolitos sobre la roca que podó y desbrozó para que dominaran todo el prado, el nuevo parterre que cavó para mí en la zona más umbría uno de los últimos días que estuvo trabajando aquí, el muro de piedra desbrozado entre la iglesia y mi terreno. En la parte del jardín que desherbaba dos veces al año y limpiaba hasta el muro de piedra ya vuelve a crecer la maleza. Aquí las cosas deben rehacerse una y otra vez, este lugar necesita la fuerza testaruda de un hombre como Perley. Yo sola nunca lo habría conseguido. Hemos

cuidado juntos este trozo de tierra, y peleado juntos para brindarle un cierto orden, una cierta belleza.

Me gusta pensar que el último esfuerzo que Perley hizo aquí también contenía algo de alivio; era un juego comparado con el duro trabajo agrícola que había realizado durante tantos años, un juego donde podía emplear su pericia y sus avezados conocimientos. ¡Y cómo disfrutaba metiéndose conmigo a causa de mi ignorancia!

Mientras él segaba y podaba, yo luchaba de un modo semejante aquí, en mi escritorio, y ambos éramos conscientes de la compañía del otro. Aguardábamos con impaciencia la llegada del mediodía, cuando yo terminaba mi jornada y él se sentaba en un taburete alto de la cocina, y mientras nos bebíamos uno o dos vasos de jerez, anunciaba: «¡Se abre la sesión!», y empezaba a contarme alguna historia absurda que llevaba elucubrando toda la mañana.

Era una relación extraña, pues él en realidad apenas sabía nada de mi vida, y, aun así, por encima de todas esas charlas, cada uno reconocía al otro como su semejante. Él disfrutaba de mi cólera tanto como yo de la suya. Quizá eso también formaba parte de la relación. En lo más hondo había un entendimiento, no tanto de los hechos ocurridos en nuestras vidas como de nuestra naturaleza más esencial. Incluso ahora, en este final tan duro y solitario, él mantiene una inmensa dignidad, pero me gustaría encontrar alguna manera de ponérselo más fácil. Hoy al despedirme lo he dejado sumido en un amargo resentimiento por las circunstancias en que se está muriendo: «Lo sé, pero no estoy de acuerdo. Y no me resigno».

En el correo ha llegado una carta de una niña de doce años con unos poemas; su madre la ha animado a enviármelos y pedir

mi opinión. Lo cierto es que la niña observa las cosas, y creo que puedo escribirle algo que la anime, pero resulta inquietante ver cuánta gente espera el aplauso, el reconocimiento, cuando ni siquiera ha empezado a aprender un arte o una destreza. El éxito inmediato está a la orden del día: «¡Lo quiero ahora mismo!». Me pregunto si todo ello no formará parte de la corrupción a la que nos someten las máquinas. Las máquinas hacen las cosas muy rápido, fuera del ritmo natural de la vida, y nos indignamos cada vez que el coche no arranca a la primera. De modo que las pocas cosas que hacemos aún, como cocinar —aunque... ¡ahora venden cenas envasadas!—, tejer, cuidar del jardín o cualquier otra cosa donde no caben las prisas, poseen un valor muy especial.

18 DE SEPTIEMBRE

El valor de la soledad —bueno, uno de ellos— reside en que cuando estamos a solas, obviamente no hay nada que amortigüe los ataques que afloran desde dentro, al igual que no hay nada que ayude a equilibrar los momentos de especial estrés o depresión. Un rato de conversación espontánea con mi querido Arnold Miner cuando viene a buscar la basura puede calmar una tormenta interior. Pero esa tormenta, con todo el dolor que contiene, quizá me esté ofreciendo una verdad. Así que a veces simplemente hay que atravesar una época de depresión para poder acceder, una vez superada, a toda la luminosidad que tal vez nos aguarde, y estar atenta a cuanto la nueva época expone o exige.